

Presentación

El lector asomado a estas páginas se percatará del carácter crítico y teórico de la historia de la antropología, el cual funda su lugar central en el quehacer de la disciplina. Ya sea que se aborden teorías, personajes, periodos o procesos diversos del desarrollo de la historia disciplinar, las reflexiones expuestas no sólo sitúan su objeto de estudio en un contexto histórico sino que logran su filo crítico en un movimiento reflexivo sobre el presente y lo contemporáneo.

El análisis del pasado y el desarrollo de la disciplina suele emprenderse desde diversos horizontes, pero siempre es —en ello radica su creatividad y su potencial autorreflexivo— una reinvención del pasado que lleva, implícita o explícitamente, nuevos puntos de vista o propuestas para el presente y el futuro. Así, se trata de un pasado vivo y un empeño que reactualiza la construcción de sus propias posibilidades de conocimiento.

¿Cómo se define el proceso de construcción de objetos teóricos? ¿Cómo se recorre el camino entre el dato y la teoría? ¿En qué sentido podemos desarrollar la comunicación intra e interdisciplinaria? ¿Cuál ha sido la experiencia? ¿Cómo se ha vivido el trabajo de campo etnográfico? ¿Cuáles fueron las particularidades del aprendizaje de una generación formada hace ya tres décadas? ¿Qué tradiciones y (dis)continuidades se pueden identificar en el pasado de la antropología mexicana? Los ensayos aquí reunidos ofrecen un panorama de respuestas a éstas y otras preguntas; fueron escritos por miembros del Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana, empeñado en reflexionar sobre la historia y otros temas de nuestra disciplina.

Desde la antropología física, José Luis Vera, en su artículo “De primates, humanos y relaciones disciplinares”, argumenta que el discurso y la práctica transdisciplinarias exigen un reconocimiento de la complejidad del mismo objeto de estudio, más allá de una definición integradora a priori de los campos de la biología y la cultura. En este sentido el problema de la cultura, planteado desde los estudios antropofísicos, se vuelve un asunto ejemplar: si ésta ya no se piensa como facultad exclusiva de la especie Homo sapiens sino como problema limítrofe entre ésta y los primates no humanos, la primatología ciertamente adquiere una relevancia de primer orden en la reflexión sobre aquello que nos constituye como humanos. Además, puede ofrecer un ejemplo de fronteras móviles y movedizas así como la posibilidad de comunicación entre disciplinas muy diversas. Los argumentos del autor destacan por su afán de innovación reflexiva y el deseo por introducir nuevos aspectos de problematización y abrir nuevos caminos a lo que tradicionalmente se ha considerado el objeto del estudio

antropofísico en México. Así, el ensayo logra conjuntar una serie de preocupaciones filosóficas e históricas.

Desde la mirada analítica de Rosa Brambila, en el texto "El mercado de Teotihuacán visto a través de la propuesta de Gardin", el sitio arqueológico se transforma en un sitio de observación del proceso de construcción del conocimiento científico; el lector se percata, paso a paso, cómo se ha construido un objeto de estudio: el mercado de Teotihuacán. Núcleo del desarrollo mesoamericano durante el Clásico, la opinión de los estudiosos del sitio sigue dividida respecto a su origen, desarrollo y cronología, que se atribuyen a factores predominantemente religiosos o económicos. En los años setenta Millon había sintetizado una nueva propuesta para el desarrollo del sitio y mediante la noción de intimidad estableció importantes inferencias sobre la estructura arquitectónica del mercado. La autora interroga sobre las asociaciones que sustentan la explicación de Millon y mediante este ejemplo logra explicitar que la interpretación es el núcleo del trabajo arqueológico. Argumenta que si este aserto entra en contradicción con los planteamientos de un saber objetivo y sus garantías, asumiremos la tarea de construir otro tipo de objetividad que logre incluir la intuición subjetiva pero que realice una argumentación rigurosa en la construcción interpretativa del conocimiento de las sociedades del pasado. Tal rigurosidad puede ser guiada por el análisis logicista de Gardin, considerando que éste, a su vez, tiene serias limitantes: no puede abarcar ni explicar el carácter histórico de los conceptos e intuiciones usados por el sujeto de conocimiento.

Reseñando una investigación norteamericana de las cuevas mortuorias de Coahuila (Bolsón de Mapimí), en "En busca del eslabón perdido. La motivación tras la exploración de las cuevas mortuorias de Coahuila durante el siglo XIX", Leticia González se pregunta sobre su significado en el contexto teórico decimonónico y la búsqueda del origen del hombre o el afán por encontrar el "eslabón perdido", que en la popular teoría de Haeckel suponía unir nuestro pasado ancestral con el de los grandes simios. A pesar de la riqueza encontrada, el análisis del hallazgo no fue publicado por el Peabody Museum, que financió la expedición de Palmer a ese desierto mexicano. Este hecho, argumenta la autora, sólo puede entenderse en el contexto de la competencia nacional decimonónica por encontrar al eslabón perdido, por una parte, y las relaciones entre las nacientes antropologías de ambos lados del Atlántico, por otra. A su vez, la falta de publicación de estudios mexicanos sobre el tema se puede entender por la escasa importancia cultural y científica que desde los años veinte del siglo pasado se ha prestado a esta área y sus culturas.

Escrito impecablemente, Carlos García Mora enriquece el presente volumen con una pieza maestra, casi un auto de fe: un ensayo sobre su propio aprendizaje de etnógrafo en Iztapalapa, cuenca de México, hace casi tres décadas, titulado "Visita de un aprendiz a los maestros floreros de Iztapalapa (testimonio de una experiencia antropológica)". El texto puede entenderse de manera diversa y múltiple y como un avance autobiográfico en la narración de experiencias antropológicas iniciáticas, testimonio de redes de relación del gremio antropológico. Es una reflexión sobre el aprendizaje etnográfico de principios de los años setenta y su carácter empírico; valiente confesión de escollos éticos e insuficiencias propias

encontradas en el camino y, en general, la distancia entre la metodología formal y la práctica real del antropólogo. En todo caso, ofrece un rico *fluir de anécdotas, datos etnohistóricos, nostalgias y confesiones que ilustran el punto de su llegada: en la realidad diaria, el trabajo de campo se realiza de muchas maneras, aún informales, pero sobre todo logra la construcción de una identidad propia del antropólogo en su contexto social y generacional y en este quehacer no sólo importa lo académico formal sino también el aspecto subjetivo.*

Acerca del periodo de formación de la disciplina arqueológica mexicana, Haydeé López participa con un trabajo sobre el inicio de la tradición histórica e iconográfica titulado "Glifos y letras. Un acercamiento a los estudios histórico-arqueológicos e iconográficos en las décadas de los veinte y treinta del siglo xx en México". La importante pregunta sobre el cómo y el porqué de la coexistencia de varias tradiciones en el acercamiento de la arqueología mexicana a su objeto de estudio recibe aquí respuestas sugerentes que señalan otras tantas vías posibles para futuras investigaciones. Como señala la autora, una de éstas consiste en esclarecer con mayor profundidad la (des)unión que existía desde entonces entre los estudios de fuentes históricas y el trabajo de campo arqueológico.

Como primera mujer mexicana en la arqueología, el caso de Isabel Ramírez Castañeda es significativo y es analizado en "Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943): una antihistoria de los inicios de la antropología mexicana", de Mechthild Rutsch. Ilumina cuestiones de género presentes en los inicios de la disciplina pero su trayectoria refleja, sobre todo, diversos periodos de profesionalización. Su vida constituye uno de los pocos casos documentados del periodo comprendido entre las dos primeras décadas y los años cuarenta del siglo pasado. Transcurre entre intereses e instituciones diversas, programas de estudio, tradiciones museísticas y arqueológicas todavía en gestión. Ejemplifica así una parte de los contextos históricos, institucionales y teóricos presentes en el ambiente de la ciencia antropológica de hace una centuria.

Este volumen contiene un rico y diverso panorama de reflexiones. Más allá de la cotidianidad académica y laboral de sus autores, el gusto por pensar críticamente la propia práctica profesional y sus procesos históricos y teóricos de conformación se torna fuente del reencuentro con la identidad de la disciplina y el sujeto que la ejerce en los contextos cambiantes de la antropología mexicana.

MECHTHILD RUTSCH